

ALBERDI

Vino a la vida en las horas de la Patria nueva, allá en 1810; nació en Tucumán y murió en París, (Neuilly). Y tres cuartos de siglo fueron los días de su peregrinación sobre la tierra; andar fecundo y afanoso que lo forjarán argentino eminente, en la grande acepción del vocablo, por la grandeza del espíritu y la nobleza de sus ideales.

Nació en Tucumán el 29 de agosto de 1810; en aquella región, a la que él mismo en 1834 le dedicaría una interesante "Memoria Descriptiva". Eran las tierras a las que el gran General Belgrano tuviera predilección, según sus propias palabras: "Cuando visitaba por postrera vez los campos vecinos al Aconquija, puso en aquella hermosa montaña una mirada llena de amor, y bajando el rostro bañado en lágrimas, dijo: Adiós por última vez, montañas y campos queridos." (1)

Y era la tierra misma ensalzada con entusiasmo incontenido por Andrews, el viajero inglés de 1825, al través de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Su padre recibió del Congreso que declaró la Independencia, el insigne honor de la carta de ciudadanía, en 1816, murió cuando las turbulencias de la creación republicana de Araoz, en 1820; de cuyos ensayos institucionales recientemente publicáramos inédita documentación valiosa. El mismo lo dice, y agregó en ofrenda filial: "Mi madre había cesado de existir por causa y en ocasión de mi nacimiento. Puedo decir como Rousseau, que mi nacimiento fué mi primera desgracia. Quedamos cinco hermanos, de los cuales yo el menor, soy el único que existo." (2)

Traspone las Provincias del centro del país, en un pintoresco viaje criollo de 360 leguas en carretas, desde la ínclita

(1) Escritos Póstumos. T. XV p. 343.

(2) Ibid. p. 268.

ciudad de San Miguel de Tucumán, rumbo a Buenos Aires, para educarse allí en el Colegio de Ciencias Morales y Políticas después en la Universidad; y por fin graduarse en Córdoba, la de la Nueva Andalucía.

Aquel viaje semi novelesco, siguiendo las huellas que conducen desde el Alto Perú legendario, él mismo nos lo describirá con sugestionante frescor de juventud, al decir en sus Memorias: "Los dos meses me parecieron dos días, porque el viaje en la forma en que lo hice, fué un paseo de campo continuado. Dormía en mi carreta dormitorio, montaba a caballo en la mañana y lo pasaba todo el día en correrías agradables por el país siempre variado de nuestro tránsito. Recogido en mi carreta a la entrada de la noche, me parecía volver a mi casa habitación, que no había cambiado de lugar; tal era la lentitud con que marchaba la tropa o convoy de carretas, tiradas por bueyes, que hacía seis leguas por día." (3)

Cuando su regreso a Tucumán por breve tiempo, en 1834, Su Ilma. el Obispo Molina, le despedirá con aquellas estrofas, en cuyo comienzo y fin se lee: "Cuanto ¡oh! joven excelente,—orgullo de nuestro suelo." "Joven de modales finos—, de talento soberano". (4)

Crecido en la época del Romanticismo, que había de re-exaltar el culto de la dama, demostró la feliz coexistencia que hay en todo vivir más complejo. Sentimental así, había de repetir con involuntario gusto evocador, los "dos últimos versos" de la musa de Fray Cayetano, dedicados a Tucumán:

"Oh días de mis amores,
que dulces fueron tus horas"

como él lo afirma en la "Memoria" dicha. (5) Y en esta misma, poco después había de dedicar aquel galantísimo elogio a la mujer tucumana, que dice así:

"Pálida la tez, ojos negros, grandes, llenos de amor o voluptuosidad, cuya mirada, que parece una súplica, o pregunta

(3) Ibid. p. 270.

(4) Ibid. p. 207.

(5) Ibid. p. 327.

amorosa es de una terrible dulzura, conjunto muy frecuentemente reproducido en las inmortales reproducciones de Rafael, produce una hermosa mezcla de sensibilidad, candor, simpatía y encanto." (6). Su fiel amigo Laciari, le recordará surcos afectivos de pasión, desde Buenos Aires, que joven de 25 años, le avivarán los lebreles del Recuerdo. Así le dice en carta del 24 de junio de 1834: "En todas las tertulias que voy me preguntan por tí, que si no me has escrito, que si no he recibido algún minué, algún valse." (7)

Y luego nomás le dice en carta del 2 de agosto de 1834: "Que todas estas ansían por verte, todas ellas me encargan te diga mil locuras. Hay más tertulias que bailarinas." (8)

Avellaneda, el confidente provinciano, desde Tucumán, con intimidad subyugadora, le dirá que la ofrenda del amor noble había de perfilarse en su vida juvenil, según su carta del 30 de junio de 1836:

"Ha sufrido mucho X... con la noticia de su matrimonio, la visité un día, y como siempre sucede, fué usted el asunto de la conversación. En medio de ella la oí exclamar dolorosamente;—ya no volverá más. Sostuve lo contrario a capa y espada, apoyándome en sus cartas y nuestras conversaciones secretas; y logré al fin hacer brillar en su rostro la sonrisa de la esperanza. Ella me debe un momento de felicidad." (9)

Y él mismo nos referirá como las averiguaciones circun- amorosas ocupan las veladas del joven univérsitario, prestamente sustraído al ambiente provinciano; y así le escribe el 14 de julio de 1836:

"Siempre me exige usted que le hable sobre la vida matrimonial. Me limitaré, pues a decirle, que si pudiera sofocar la ambición completamente de ser algo y olvidar la esperanza que concebía de mi mismo, sentiría no haberme casado cuatro años antes". (10)

(6) Ibid. p. 327.

(7) Ibid. p. 205.

(8) Ibid. p. 237.

(9) Ibid. p. 668.

(10) Ibid. p. 670.

Después su corazón estuvo anclado, con su proa cual esquiife, en los encantos y hacia la mirada de la niña de Montevideo; y ;quién sabe por cuanto tiempo.

Y es como la ensoñada compañera de la vida, con su núbil seducción, y femenina remembranza, para siempre se eclipsó en su camino, tornándolo quizá doblemente de frialdad en apariencia añorando la cálida ternura del hogar, que en dintel de la vida se quebrantó con la muerte de la madre amorosísima, y que luego a los años sería llevado prematuramente a la orfandad por la muerte del padre reciamente varonil.

Prontamente la voráGINE de la política criolla, contra Rozas, lo arrebatará a Alberdi. Entonces Avellaneda, el Gobernador de Tucumán, degollado en Metán el 30. 1841, a los 27 años—, por lo cual Echeverría exclamará: ;Oh, Avellaneda, primogénito de la gloria entre la generación de tu tiempo”—, le confesará su admiración por ese que llamaríamos su optimismo frontal, no vencido por la decepción, como se lee en su carta del 30 de junio de 1836. “Cómo le envidio cuando veo su cabeza llena de proyectos y de esas nobles ilusiones de la juventud, que alguna vez ocuparon toda mi mente. Que cruel es renunciar a toda aspiración, después de haber consagrado un tercio de la vida, a la adquisición de los medios de elevarse sobre el nivel en que el vulgo piensa y siente.” (11)

Así habría de confirmarlo rápidamente Lerminier, profesando en el College Royal, al decir: “**La cause de cet jeune homme est très belle**”, según le refiere Balcarce cuando le escribe el 12 de agosto de 1838. (12)

Luchador que no conoció la fatiga que lleva a la derrota, cuando nos falta la fe insólita en sí mismo, esbelta llamada del orgullo, fué infatigable en sus afanes por la Cultura; y había de tener aquel su temple, a pesar de la expatriación, y sin duda alguna, espoloneado por ella misma.

Rivadavia vió el espectáculo dilacerante provocado por las luchas fratricidas, en el Litoral; y de ello testimonio, cuando a

(11) Ibid. p. 668.

(12) Ibid. p. 231.

bordo de **II' Herminie** le escribe el 23 de mayo de 1834: "Si, la juventud y las generaciones que le sucederán, han sido el principal objeto de mis esfuerzos, y son los fundamentos de la incontrastable esperanza que me anima de la reparación del honor y del crédito de mi patria y del restablecimiento de sus mejoras y progreso." (13)

Y amplificando la barbarie traída por la anarquía en el Interior, es Avellaneda quien le dirá el 30 de junio de 1836: "Que valen las letras en estos países?, para luego con trágica amargura, escribirle desconsolado aquellas líneas del 19 de febrero de 1837: "No hay en estos países cuatro hombres capaces de leer su obra, ni dos con aptitudes, para entenderla. A los demás Dios les ha dado un alma, pero al concederles facultades, no les ha querido dar la de raciocinar. Los doctores son más rudos que mis botas." (14)

Pudo así Alberdi con estos, y otros tan autorizados antecedentes, y después de una rica experiencia, glosar el pensamiento de Rivadavia, reasumiéndolo al medio siglo, y decirle a Estrada en su carta de Spa a 18 de setiembre de 1873: "La juventud, las nuevas generaciones han sido y son el fundamento de la firme esperanza que me alienta en el porvenir de mi país." (15)

Combatió contra los intereses coaligados desde los comienzos de su vida pública, por lo cual Echeverría le dedicará aquel su juicio imparcial en 1848:

"Existen sin embargo, prevenciones en el Río de la Plata, contra el señor Alberdi. Ha cometido, dicen, errores, ¿Quién no ha errado entre nosotros? pueden los que acusan parangonearse con él, como escritores, ni mostrar una frente sin mancha cual la suya? Con su talento singular para la polémica, en el ardor del ataque, y la defensa, cuando creía defender la justicia y la verdad, pudo extraviarse alguna vez pero eso mis-

(13) Ibid. p. 202.

(14) Ibid. p. 673.

(15) Ibid. p. 312.

mo prueba, lo sincero de su culto a la patria y a los dogmas que juzgaba salvadores para ella". (16)

En 1860, pasado ya el período de pre, inter, y post constitucional del 1853, todavía subsistirán los enconos ardorosos de pasiones insatisfechas o llenadas con exceso; es entonces cuando Miguel Cané pudo condensar el pensamiento echeverriano, diciendo con frase inconvencible, aún actual: "El tiempo es como el fuego, que purifica el oro, y la reputación de Alberdi, está asegurada por sus obras, para cuando a cada uno se le dé su lugar." (17)

Sus condiciones eximias de escritor, ya en el principio de su carrera, le serían ampliamente reconocidas, por Echeverría, en ocasión de publicar su "Dogma" en 1848, diciendo en concepto siempre vivo: "A una facultad analítica sin cotejo entre nosotros, el señor Alberdi reúne la potencia metafísica que generaliza y abarca las más remotas ramificaciones de una materia. Sólo le ha faltado, como a muchos de nuestros jóvenes, proscriptos, para producir obras de larga tarea, el reposo de ánimo y el estímulo de la patria. Infatigable apóstol de progreso, ha combatido siempre en primera línea, por él y no dudamos que sus escritos, cuando cese la guerra, y se calmen las pasiones, que nos dividen, darán ilustración literaria a la patria de los argentinos." (18)

Fué para Argentina nuestra, el más esforzado de sus constructores institucionales porque supo recibir de la realidad histórica, y de la vocación subyacente en el ánimo del pueblo, las reservas tradicionales que le darán entronque al País, y le fijarán su propia fisonomía; esfuerzo aún no logrado, y que está destinado a cumplir a menos un tramo más, mejor en su ascensión, por las nuevas generaciones argentinas.

En el más clásico de sus libros numerosos, en sus "Bases" famosísimas, que tanto eco tuvieron en las gentes compatriotas, fué el defensor de los valores eternos de la Civilización

(16) Ibid. p. 389.

(17) Ibid. p. 425.

(18) Ibid. p. 389.

existente, aquí por obra de los Conquistadores sobrehumanos del siglo XVI al través del Nuevo Mundo idolátrico; exaltó las grandes virtudes del Cristianismo moralizador, sabiendo realizar con fervor ardiente el rango del hogar y la función de la mujer por la delicadeza de su educación, y diríamos nosotros, que conformándose el arquetipo, que describiera inimitablemente el libro Sapiencial; propugnó, a veces fanáticamente, por el enriquecimiento de nuevas facetas en la vida argentina, siendo amplísimo acogedor del brazo y el espíritu extranjero, en un período de transición, que traería inyecciones emigratorias y aluvionales, tonificantes y peligrosas, al organismo nacional, débil y vacilante en su destino, siendo entonces literalmente repetido, por admiradores copistas, sin un ápice de interpretación genial.

Fué así como tuvo el raro mérito superior, de reimpulsar una política racial, semi-continental, no prescindiendo de la continuidad geográfica, ni menos de la continuidad histórica, entre nuestros países de lengua hispano-portuguesa, reconociendo la obra magnamente constructiva, de las Metrópolis peninsulares, al través de tres siglos de dominación del indígena, y convivencia criolla, ejemplo límpido a pesar de sus muchos errores, en los anales de la colonización europea. Y pudo lograr tal situación de ánimo porque ni el emplazamiento geográfico argentino, con su inmensa área kilométrica y su proximidad europea, por la navegación al través del Atlántico, ni tampoco la fácil riqueza material entrevista sobre la pampa ilimitada de clima templado, propicia a la política de población y supresionaria del desierto, le impidieron comprender las grandes ventajas de una acción concorde con nuestra América, y su origen; perspectivas del estadista a quien el localismo pseudo nacionalista, bloquea y denigra con torva, real o simulada incomprensión.

Así fué el autor de las "Bases", que publicara en Valparaíso, cuando el triunfo de Urquiza, precediendo a la Constitución, fué su influencia decisiva, en la vida argentina, mereciendo el ser publicadas oficialmente, por el Gobierno Nacional, como la auténtica interpretación de cauce, del texto del 53.

¿Quién cree que su destino está cumplido, al ver reunido el Congreso Constituyente, y no formar parte de él? Mas Urquiza, el Libertador,—luego vilmente asesinado en su estancia de San José en Entre Ríos,—le confía graves responsabilidades, en el Exterior, como diplomático ante las Potencias europeas, en una laboriosa Misión, que enalteció a la diplomacia argentina.

Ministro Plenipotenciario de la Confederación, trató con Cushing en Estados Unidos, y con el Cardenal Antonelli, el Marqués de Pidal, el Conde Walewky, Lord Clarendon, y Lord Malmesbury, Secretario de Estado de la Santa Sede, y Ministros de Relaciones Exteriores de España, Francia, e Inglaterra, respectivamente; y presentó sus cartas credenciales a Pío IX, las Reinas Isabel y Victoria, y el Emperador Napoleón II; fué así como realizó difícilísimas gestiones entre las cuales concluyó el Tratado de Reconocimiento, y comercio con España.

Viajero en el ostracismo voluntario, supieron de sus plantas, tierras de Uruguay, Brasil y Chile, Guayaquil, Panamá, y México; Cuba, Estados Unidos, y los países de la Europa Occidental. Allí en Londres, trató a Rozas, el Restaurador y apreciando sus grandes dotes, y sencillez, dijo elogiosamente de él: “Tiene la fácil y suelta expedición de un hombre acostumbrado a ver desde alto el mundo”. (19)

Recordador del “*De brevitae vitae*” cristianamente católico, reconoció a la Religión su primacía, por la inmutabilidad de su doctrina, dando justamente al olvido las imperfecciones personales, porque nada es tan admirable en sus Ministros, como la encendida caridad para con el prójimo. Y pensaría, más cerebral que con el corazón, que si la vida es un relámpago, que vale la existencia, y que cual el móvil velocísimo que corre en la pendiente oblicua, así el placer se precipita, al través de los días, del ser, hacia la nada y lo inmortal.

El mismo así nos recordará con emoción ingenua, que cuatro bendiciones le acompañaron en la vida, diciendo en sus Memorias diplomáticas: “Mi madre al morir me bendijo, teniendo

(19) Ibid. T. XVI p. 558.

yo cinco meses. El cura Trames de Tucumán, me bendijo cuando yo montaba a caballo para salir a hacer mis estudios, en Buenos Aires. Heredia me pidió que nos persignáramos antes de abrir la gramática latina de Nebrija, y así lo hicimos. Yo creo en las bendiciones, es decir en su buen efecto, como si fuese el último del pueblo. "Y el Sumo Pontífice Pío IX, cuando la audiencia protocolar, de despedida, refiere él mismo: "**Ad-dio, caro Alberdi**, me dijo de un modo cariñoso, extendiéndome su mano; yo me levanté, me hincué y la besé, **Io te bendico**, me dijo entonces, haciendo sobre mi cabeza, una señal de Cruz". (20)

Suya fué la gloria de ser proscrito libremente, conociendo así las tierras fraternales fronterizas a la Cordillera, y al Estuario; y otras más lejanas, cordiales y extranjeras, siempre aleccionantes todas; escritor consumadamente magistral en el manejo del idioma castellano dejará páginas innúmeras, en sus libros; redactor inspiradamente afortunado del proyecto que orienta la Constitución sancionada el 53; constitucionalista eximio en sus obras que afianzan la libertad civil de pueblos que integraron una gran organización política en ambos hemisferios, durante varios siglos; y Plenipotenciario ante las Cortes europeas, en una misión que será memorable en los anales diplomáticos argentinos.

Ejercitó el raro desprendimiento para con sus conciudadanos, de no gobernarlos directamente, pues no alcanzó el ejercicio del Poder público, en donde hay que desplegar la acción compulsoria, que se deriva del fuero intrasmutable del Estado, el cual está flanqueado para siempre por el Derecho y por la Fuerza; ya que en el equilibrio de estos dos grandes elementos, radica toda política, con su multiplicada accional del poder.

El cordial pensamiento rivadaviano, de la fe en la juventud. que entendemos surgido por el desencanto, mas que de la inaplicabilidad de la "european tecnic" para nuestro ambiente, de su introducción sin etapas, salvando todo lo que es infran-

(20) Ibid. p. 512.

queable en cada espíritu nacional; y que fuera por Alberdi glorioso, al siglo de pronunciarse, afirmamos adquiere vitalidad nueva. Y es ante el espectáculo actual de los problemas argentinos que pugnan en la conciencia del Pueblo, por ser enunciados con honradez mental inventariando su ciclo constitucional del 53; para luego acometer su solución integral, realizada de acuerdo a la impostergable preceptiva de un régimen de Estado, que haga viable una real política aplicada en beneficio de la colectividad nacional, y que mediante la seguridad de su extensísimo patrimonio territorial, y la salvaguardia de sus valores espirituales, logre afianzar primordialmente la permanencia de la grandeza argentina a advertir.

Regresa después a la tierra nativa, entre la aclamación de sus conciudadanos, que la reconocen en el sentir de Mendoza: "una de las más puras glorias de la Nación" (21) al Presidente Roca, manda imprimir la edición de sus Obras Completas, pero su época ya había pasado... Luchas y envidias lo llevarán de nuevo con melancolía a las tierras de Francia, las mismas que también acogieron al Generalísimo San Martín.

Al fin de sus días, bien pudo poner, anticipándose medio siglo, en sus labios de argentino, el pensamiento emocional del poeta mexicano, el decir bellissimo de Amado Nervo: "Amé, fui amado, el sol acarició mi faz; Vida nada me debes, Vida, estamos en paz".

Y un día murió solitariamente en París, Neuilly, el 18 de junio de 1884. A la patria que tanto amó y sirvió, retornaron sus cenizas, descansando en la Recoleta de Buenos Aires, en marmóreo monumento que corona su estatua; crece su fama, y se aquilata su labor por el tiempo. La hora de la gratitud nacional llegará el día que no por tardía, ella le será infiel.

J. Francisco V. Silva.

Córdoba, Junio 1934.

(21) Ibid. T. XV p. 91.